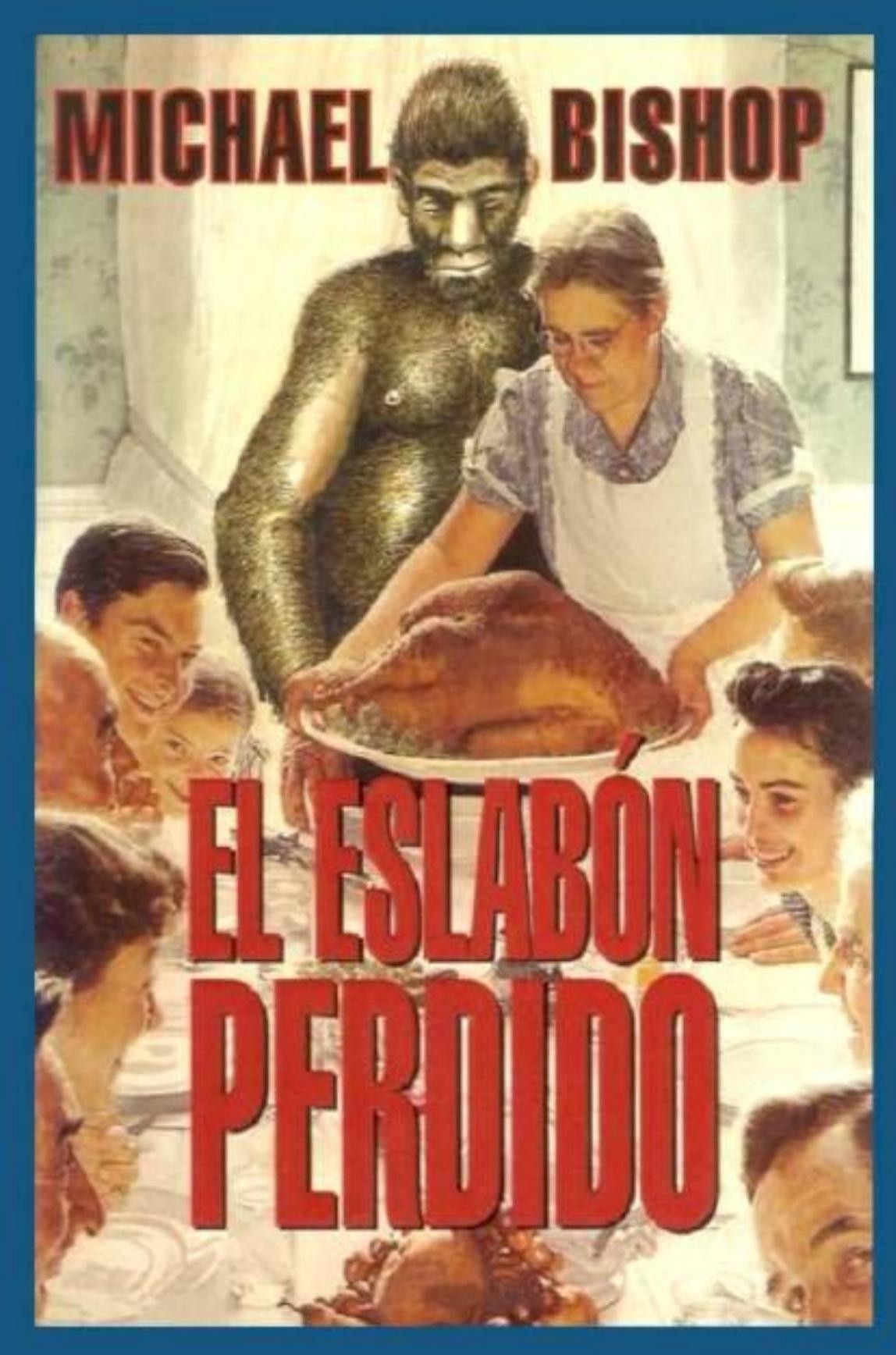


MICHAEL BISHOP

A movie poster for the film 'El Eslabon Perdido'. At the top, the name 'MICHAEL BISHOP' is written in large, bold, red, sans-serif capital letters. Below this, a woman with glasses and a white apron over a blue patterned shirt is shown from the chest up, holding a large, roasted turkey on a white platter. She is looking down at the turkey. Behind her stands a large, hairy, green-skinned creature with a human-like face and a thick mane of hair. In the foreground, several people are seated around a dining table, looking towards the woman and the turkey. The scene is set in a brightly lit room with white curtains in the background. The overall tone is warm and domestic, contrasting with the presence of the alien creature.

**EL ESLABON
PERDIDO**

Fue Ruth Claire la que encontró al eslabón perdido: un homínido, resto de una etapa anterior en la evolución humana, cuyos antepasados habían sido trasplantados a América a principios del siglo XIX, ni siquiera dotada del don de la palabra, condenada a convertirse en pasto de la prensa y de los burócratas de la ciencia... si no fuera porque Ruth Claire y su exmarido Paul estaban dispuestos a ocultarle.

Pero vivimos en una sociedad mediática. Adán —así había sido bautizado el *homo habilis* por Ruth Claire— salió a la luz y, entre los males de una curiosidad morbosa e interesada, conoció, bajo la amorosa guía de la mujer que le descubrió, convertida en su amante, las mieles de la creación artística y del pensamiento abstracto. Para Adán, también para sus amigos, el choque entre la abstracción religiosa y los atavismos culturales de un pueblo acostumbrado a hablar con los dioses se convirtió en la más asombrosa aventura intelectual.

Esta novela de Michael Bishop es una irónica reflexión sobre los tortuosos mecanismos que orientan la opinión pública y una reivindicación del valor moral de las religiones primitivas; pero sobre todo es una novela inteligente, que se lee con pasión y que deja ese grato sabor que solo dejan las grandes novelas.

*Para David Hartwell,
que ha acudido al rescate más veces
que la caballería americana.*

Primera parte

Su esposo «habilino»

Beulah Fork, Georgia

Ruth-Claire Loyd, mi exesposa, vio por primera vez al intruso desde el estudio del desván de su casa, del tamaño de un granero, cerca de Beulah Fork, Georgia. Estaba haciendo una de las doce pinturas para una serie de platos de porcelana que se venderían por orden de suscripción y que representarían su singular interpretación de las nueve órdenes angélicas y de la Santísima Trinidad —esta pintura en particular se titulaba Tronos—, pero se apartó del caballete para mirar al intruso a través de la puerta acristalada. Su raza le había llamado la atención.

Atezado y espectral, se movía a través de la alta hierba cubierta por la sombra, entre la arboleda de pacanas. Sus movimientos combinaban una agresiva curiosidad con una especie de plácida cautela, como si tuviera todo el derecho a estar allí pero esperara que alguien le pidiera cuentas, ya fuese el dueño legal de la propiedad o un vecino entrometido. Al pasar desde una zona jaspeada por la luz solar de septiembre a otra mancha de sombra pareció uno de los muchachos negros que habían transformado el riachuelo de Cleve Synder en la riviéra nudista del condado de Hothle-poya. Sin embargo, estaba todavía un poco lejos; y la luz que embellecía la parte superior de su cuerpo hacía que pareciera demasiado peludo para la mayoría de los muchachos de diez años, fuera cual fuese su color. ¿Era el intruso alguna especie de animal?

—Camina —murmuró Ruth-Claire para sí misma—. Peludo o no, solo los seres humanos pueden caminar así.

Mi ex no es dada a sentir pánico, pero esta observación hizo que se sintiera preocupada. Su casa —sobre la cual había renunciado yo a todos mis derechos en el mes de ene-

ro, principalmente para ahorrarle a ella el tormento psíquico de un traslado— se levanta en un espléndido aislamiento envuelto en misterio, a unos cien metros de la carretera estatal que enlaza Tocqueville y Beulah Fork. Cleve Synder ha arrendado la propiedad contigua, de cuatro hectáreas de extensión, a un cultivador de algodón que no vive allí. Ruth-Claire empezaba a sentirse sola y vulnerable.

Con un temblor apenas perceptible, dejó a un lado los pinceles y pinturas para observar al intruso. Ahora estaba más cerca de la casa, y un rastrillo que había dejado apoyado contra uno de los árboles le permitió calcular su altura en apenas un metro cuarenta. Los nervudos brazos, sin embargo, indicaban madurez, así como el aspecto macizo de la baja mandíbula, y el oscuro y protuberante nudo del sexo. Conjeturó, indecisa, que quizá se tratara de un enano trastornado que hubiera escapado recientemente de una institución poblada por desviados sexuales con inclinaciones violentas...

—Detenlo —se dijo Ruth-Claire—. Detenlo.

De repente, el intruso se agarró al tronco de un árbol con las manos y las plantas de los pies, trepando a una posición peligrosa y bamboleante, bastante por encima del suelo. Allí permaneció durante una hora, dedicado a partir pacanas con los dientes y a alimentarse con resolución. La preocupación de mi exesposa remitió un poco. El intruso no parecía ser ni un carnívoro incondicional, ni un violador. Pero con la penumbra del atardecer, empezó a desear que se marchara; mientras tanto, él parecía perfectamente satisfecho de ocupar la elevada posición en la que se había instalado hasta el Día del Juicio final.

Ruth-Claire no tenía la menor intención de acostarse dejando al enano desnudo en su arboleda, así que me llamó por teléfono.

—Probablemente es el mono de compañía de alguien —le aseguré—. Alguna rica matrona yanqui habrá tenido una avería en la carretera, y mientras intentaba encontrar a

un granjero que le desenroscara la tapa del radiador su chimpancé se habrá escapado. Ya sabes cómo son esas viejas damas de Connecticut.

—Paul —dijo Ruth-Claire, sin humor en su voz.

—¿Qué?

—En primer lugar —replicó sin alterarse—, un chimpancé no es un mono, sino un primate. En segundo lugar, yo no sé nada de viejas damas de Connecticut. Y en tercer lugar, la criatura que está en esa pacana no es un chimpancé, ni un gibón, ni un orangután.

—Ya había olvidado lo aficionada que puedes llegar a ser a Jane Goodall... —esta respuesta hizo que Ruth-Claire declinara replicar—. Bien, ¿qué quieres que haga? —pregunté, exasperado.

La imaginación de mi exesposa constituye su verdadera fortuna y su propia estupidez, y —en honor a la verdad— yo ya había empezado a pensar que el visitante pudiera ser un nudista fuera de temporada, o posiblemente un mapache. Para ser una artista, Ruth-Claire es notablemente corta de vista, un hecho que contribuye a configurar los contornos borrosos casi abstractos de algunos de sus paisajes y fondos.

—Ven a verme —me dijo.

Yo dirijo un pequeño restaurante de *gourmet* en Beulah Fork, llamado el West Bank. A pesar de la incredulidad de los extraños —como por ejemplo, las matronas de Connecticut con chimpancés de compañía—, que esperan que los establecimientos de restauración rural del Sur no sirvan más que siluro, barbacoa, cocido de Brunswick y nabos verdes, el West Bank ofrece un menú cosmopolita y un ambiente sofisticado. Mi clientela se compone de profesionales liberales, jubilados ricos y turistas. La proximidad de un parque estatal bastante popular, de la ciudad histórica de Tocqueville y de una zona recreativa conocida como Jardines Muscadine, me permite tener clientes que pagan; y mientras Ruth-Claire y yo estuvimos casados, ella expuso y vendió

muchas de sus mejores pinturas en el local. Su trabajo, del que conservo en mis paredes unas pocas piezas, dio al restaurante una especie de amortiguada elegancia bohemia, pero el West Bank ofreció a su vez a mi esposa una vitrina de exposición única y probablemente muy valiosa para su talento. Creo que hasta el momento de nuestra separación, ambos contemplábamos la relación entre su éxito y el mío como algo saludablemente simbiótico. El arte al servicio del comercio. El comercio al servicio del arte.

Ruth-Claire me había telefoneado poco antes de la hora de la cena del viernes. El West Bank tenía reservas para más de una docena de personas de Tocqueville y de los Jardines, y no deseaba encargar la atención a toda esa formidable multitud a Molly Kingsbury, una brillante y joven mujer que realiza mejor trabajo al atender a los clientes que al supervisar a mis cocineras —ocasionalmente muy nerviosos— Hazel Upchurch y Livia George Stephens. Pero vaya si lo hice. Le rogué que se hiciera cargo de mis responsabilidades en el West Bank, le conté una historia sobre una tubería de agua rota en la granja Paraíso y me dirigí en el coche, a toda velocidad, a ocuparme de mi ex. Veinte kilómetros en diez minutos.

Ruth-Claire me hizo subir al estudio del desván y señaló a través de la ventana hacia la arboleda de pacanas.

—Todavía está sentado ahí —dijo.

Entrecerré los ojos. A esa hora, la figura que estaba en el árbol no era más que una simple mancha entre las enmarañadas ramas, no mucho más grande que el nido de una ardilla.

—¿Por qué no le has disparado con el .22 que te di? —le pregunté a Ruth-Claire, un tanto temeroso de que me estuviera tomando el pelo.

Ni siquiera el carmesí de la puesta de sol, que se extendía por detrás de la arboleda de pacanas, me permitía distinguir al supuesto intruso.

—Quería que tú también lo vieras, Paul. He llegado a un punto en el que necesitaba confirmación externa. ¿No lo ves?

No, no lo veía. Y ese era el problema.

—Sal ahí conmigo —sugirió Ruth-Claire—. Las empresas peligrosas siempre han requerido compañía.

—El único compañero que quiero es ese veintidós, Ruthie.

Se apartó a un lado mientras yo sacaba el rifle del armario de las armas; bajamos juntos la escalera, cruzamos el salón y el comedor y salimos por las puertas acristaladas que daban a la arboleda de pacanas. Nos detuvimos bajo el árbol donde supuestamente estaba el intruso para mirar y hacer balance. Apunté el arma, y miré a lo largo del cañón hacia un barbudo rostro negro como el de una gárgola viva.

Ruth-Claire tenía razón. El intruso no era un mono. Se parecía más a un demonio medieval, con una protuberancia pequeña pero visible que le corría de un lado a otro justo por el centro del cráneo. Creo que debía de haber estado a punto de quedarse dormido, y la aparición de dos seres humanos en ese momento tan inoportuno lo asustó bastante. El temor apareció en sus ojos brillantes, de obsidiana, que relampaguearon entre mi exesposa y yo como negros destellos estroboscópicos. Su labio superior se apartó y dejó los dientes al descubierto.

Disparé, y por encima de la misteriosa criatura se desprendió un enmarañado racimo de ramas que, de todos modos, habría caído. El estampido produjo un eco que se extendió hasta White Cow Creek, y cientos de gorriones dedicados a forrajear se desparramaron en el crepúsculo como perdigones emplumados.

—¡Maldita sea, Paul! —gritó Ruth-Claire, usando su peor palabrota; trató de quitarme el rifle de las manos—. Siempre has sido un estúpido aficionado a disparar primero y

preguntar después, pero ese pobre no es ninguna amenaza para nosotros. ¡Mira!

Le entregué el rifle del veintidós igual a como le había entregado la granja Paraíso, dócilmente, y miré. El visitante de Ruth-Claire estaba aterrorizado, casi catatónico. No podía subir ni bajar; probablemente, la cabeza todavía le reverberaba a causa del disparo y el paralizante crujido de la pacana. Yo, sin embargo, no lo lamentaba. No tenía por qué andar molestando a mi ex.

—Escucha —le dije—, me pediste que viniera a verte. Y tampoco te opusiste cuando tomé ese artefacto del desván.

Enojada, Ruth-Claire expulsó el cartucho gastado, sacó el otro cartucho de la recámara y arrojó el rifle al suelo.

—Yo quería apoyo moral, Paulie, no un matón. Creí que el rifle era tu apoyo moral, eso es todo. No sabía que tuvieras la intención de emplearlo para asesinar a ese pobre diablo inocente.

—¡Pobre diablo inocente! —repetí con incredulidad—. ¿Pobre diablo inocente?

No era la primera vez que discutíamos delante de otros. Hacia el final de nuestra relación, eso había sucedido con frecuencia en el West Bank. Ruth-Claire me acusaba de insensibilidad, de ser descuidado y de tontear con mi ayudante femenina (aunque sabía muy bien que Molly Kingsbury no permitía esas tonterías), mientras que yo lamentaba abiertamente su imperturbable impulso por lograr reconocimiento artístico, su falta de consideración hacia mis innatos instintos comerciales, y sus accesos de castidad que a veces eran enloquecedoramente rigurosos. El West Bank es pequeño, un antiguo consultorio médico reconvertido encajonado entre el salón de belleza de Gloria y la lampistería y tienda de material eléctrico de Ogletree, todos ellos con la misma estructura de ladrillo rojo, en la calle principal. Es pequeño, y los desconcertados clientes nos oían hasta cuando discutíamos en la cocina. Esos debates solo pare-

cían entretenidos para unas pocas almas tolerantes, en su mayoría clientes locales. Y cuando empezaron a disminuir los clientes asiduos de fuera de la ciudad, bueno, eso fue la gota que colmó el vaso. Desterré a Ruth-Claire de los límites del West Bank; poco después ella inició los trámites del divorcio.

Ahora, un tembloroso gnomo negro, desnudo a excepción de la especie de leotardo peludo a través del cual se podía ver su desnudez, nos miraba fijamente mientras mi ex me comparaba con Vlad el Empalador, con Adolf Hitler y con el gobierno de Sudáfrica. Empecé a pensar que él no podía sentirse mucho más aturdido e incómodo que yo.

—¿Qué demonios quieres que haga? —conseguí balbucear.

—Déjame a solas con él —dijo Ruth-Claire—. Regresa a la casa.

—Eso es una locura —empecé a decir—. Eso es...

—Cállate, Paulie, y haz lo que te digo, ¿de acuerdo?

Me retiré hasta las puertas correderas, sin alejarme más. Ruth-Claire habló con el intruso. En la creciente penumbra, sus palabras, pronunciadas en voz baja, intentaron tranquilizarlo. Lo consoló y lo atrajo con mimos. Llegó incluso a canturrearle una nana. Su monólogo con el intruso me pareció interminable. Finalmente, como no parecía que ella corriera ningún riesgo, entré en la casa y me serví una buena ración de *whisky* con hielo. Al cabo de un rato, Ruth-Claire regresó.

—Paul —me dijo, mirando hacia la arboleda de pacanas—, es un miembro de la especie humana... Ya sabes, una especie humana colateral, que ya no existe.

—¿Él te ha dicho eso?

—Lo he deducido. No habla.

—Al menos no habla inglés. ¿Quieres decir con eso de que «ya no existe»? Está ahí arriba, en el árbol, ¿no?

—Más bien como montado en el aire —dijo Ruth-Claire—. Me recuerda a ese indio, Ishi.

—¿Quién?

—Un indio yahi del norte de California que se llamaba Ishi. Theodora Kroeber escribió un par de libros sobre él — Ruth-Claire hizo un gesto y señaló hacia las estanterías que había al otro lado de la estancia donde nos encontrábamos.

Además de todos los *bestsellers* contemporáneos que adquiriría en la librería de B. Dalton, del Commons Mall de Tocqueville, las estanterías estaban atestadas de libros de arte, volúmenes de ciencia popular y una biblioteca «feminista» de no pequeñas proporciones; ese era, al menos, el término que Ruth-Claire utilizaba para referirse a libros escritos por o acerca de las mujeres, sin que importara cuándo o dónde habían vivido (las hermanas Brontë estaban alineadas junto a Susan Brownmiller, y Safo no se hallaba muy lejos de Sontag).

Enarqué las cejas.

—El último de su tribu —explicó Ruth-Claire—. Ishi fue el último miembro superviviente de los yahi. Murió hacia 1915 o algo así, en el museo de Antropología de San Francisco —meditó un momento sobre lo que acababa de decir—. Imagino que este pobre diablo procede de una especie que tuvo su origen en el África oriental, hace dos o tres millones de años —meditó de nuevo sobre su suposición—. Me temo que eso es un poco más que el momento en que se supone que se extinguió el pueblo de Ishi cuando apareció el propio Ishi.

—Pues ese es todo el valor que tiene tu analogía.

—Bueno..., no es perfecta, Paul, pero resulta bastante sugerente. ¿Qué te parece a ti?

—Que sería mucho más prudente considerar a esa sabbandija del árbol como un enano mentalmente trastornado, en lugar de como un indio. Y que también sería más prudente llamar a la policía.

Ruth-Claire se acercó a una de las estanterías y extrajo un volumen de un conocido científico y personaje de la te-

levisión. Tenía todo lo que había escrito ese extravagante popularizador de ideas científicas. Después de haber pasado unas cuantas páginas manoseadas, encontró el pasaje pertinente para su argumentación:

—«Si encontráramos al *homo habilis* vestido, digamos que a la última moda, en las calles de alguna de nuestras modernas metrópolis, probablemente apenas nos fijaríamos en él de no ser por su estatura relativamente pequeña» —cerró el libro—. Ahí lo tienes. La criatura del árbol es un habilino, un miembro de la especie *homo habilis*. Es humano, Paul; es uno de nosotros.

—Es posible que sea así, o que no lo sea, pero de todos modos yo me sentiría obligado a lavarme con agua y jabón después de haberle estrechado la mano.

Ruth-Claire me dirigió una mirada en la que se entremezclaban la piedad y el desprecio, y volvió a dejar el libro en la estantería. Yo, mientras tanto, creé unos versos, que tuve el buen sentido de no declamar en voz alta ante ella, al compás de una vieja cancioncilla de música *country* titulada Abilene:

*Habilino, habilino,
el más peludo que yo he visto.
Ni la Gillette lo deja limpio,
Habilino de mi amor.*

Telefoneé al West Bank para ver si Molly se las arreglaba con Hazel y Livia George —dijo que todo funcionaba «a las mil maravillas», una expresión que había aprendido de un petimetre de Atlanta—, y luego convencí a mi exesposa para que me permitiera pasar la noche en la granja Paraíso... en el sofá del salón, claro. Y solo por motivos de seguridad. De mala gana, Ruth-Claire accedió. Luego se pasó toda la noche trabajando en el estudio del desván.

Al amanecer, le oí decirme:

—Todo está bien, Paul. Se ha marchado mientras tú dormías.

Me tendió una taza de café y tomé un sorbo, mientras ella se asomaba por las puertas correderas para echar un vistazo hacia la vacía arboleda de pacanas.

Al mes siguiente, unas tres semanas más tarde, me encontré con Ruth-Claire en el antiguo A&P de Beulah Fork, donde hago casi todas mis compras para el West Bank: carne, frutas, verduras y todo lo necesario. Era el mes de octubre, todavía soleado. El negocio del restaurante empezaba a disminuir ahora poco a poco, hacia la inevitable depresión invernal. Desde que había ocurrido, no había vuelto a pensar más que en tres o cuatro ocasiones en el «incidente Ishi», o como quieran llamarlo. Quizá ni siquiera creyera que hubiera sucedido en realidad. Todo el episodio tenía una cierta cualidad onírica que no se adaptaba muy bien a las duras banalidades de la vida cotidiana en Beulah Fork. Además, en el condado de Hothlepoya nadie hubo mencionado ni visto a un gnomo negro desnudo corretear por el campo, subirse a los árboles o robar pacanas.

Al principio, mi ex y yo charlamos amigablemente. Ruth-Claire acababa de terminar una pintura original titulada Principados —para la serie de platos de porcelana—, y a principios de diciembre la AmeriCred Company de Nueva York empezaría a aceptar pedidos de suscripción para esta insólita vajilla de Limoges que costaría cincuenta y seis dólares por plato. La artista recibiría un ocho por ciento en derechos por cada plato vendido, una cifra bastante superior a la comisión que se le había pagado en julio por emprender el trabajo. Estaba muy animada, no solo por el dinero que se disponía a ganar, sino por la perspectiva de llegar a un público más amplio e indudablemente perspicaz. Según le había comunicado la AmeriCred, se publicarían anuncios de la serie en venta por suscripción en publicaciones de

tanto prestigio como Smithsonian, Natural History y Relic Collector.

Extendí un cheque de cincuenta y seis dólares y le dije a Ruth-Claire que me inscribiera en la primera oportunidad disponible: ese dinero era mi depósito para la suscripción. Ella dobló el cheque, se lo guardó en el bolso y pareció innegablemente aturdida. Pero también agradecida.

—No tienes por qué hacer esto, Paul.

—Sé que no tengo por qué hacerlo. Quiero un juego de esos platos. Mis clientes van a disfrutar comiendo del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por no mencionar las nueve especies diferentes de ángeles.

—En realidad, no están destinados a comer en ellos. Solo son para exhibirlos.

—¿Una especie de empresa comercial? —le pinché—. ¿Antigüedades por encargo para los *cognoscenti* espirituales que fruncen el ceño ante funciones corporales como el comer y... ummm, ummm-ummm? ¿Qué te parece eso? Puedes terminar dando de comer a los viajeros de una compañía aérea, Ruthie Ce, pero los dos estamos en ese negocio. Y parece como si fuera un negocio con dinero negro... —por extraño que pueda parecer, ella sonrió. Simplemente, sonrió—. Por lo que veo, no has dejado de comer —comenté—; es toda una carga lo que llevas ahí.

Su bolsa de compra contenía seis pollos enteros para asar, cuatro coles, tres latas de frutos secos, cuatro o cinco racimos de plátanos, y varios paquetes de pescado fresco, en su mayor parte mújol y salmonete. Dirigí una cariñosa mirada hacia todo ese botín: Ruthie no había fritado un pollo en su vida, y sabía que despreciaba los plátanos. Todo lo demás tampoco formaba parte de la delicada composición de su dieta, pues su desproporcionada reacción hostil a mi virtuosismo como *chef* y restaurador había hecho que limitara ostentosamente su ingestión, no mucho antes del final, al arroz sin descascarillar, la ensalada de judías, los frijoles, las verduras frescas, el zumo de frutas y algunos lác-